

derables o a la maldad amarilla, y que el hombre blanco, es decir, nosotros, estamos dispuestos a dejar caer el «peso de la justicia» contra cualquier responsable discriminado. Nuestras misas y discursos pueden, pues, continuar...

En Nürenberg se intentó elaborar una teoría sobre los «criminales de guerra» que fue capaz de llevar a la muerte a brillantes diplomáticos y políticos. El paso era importante, pero allí no se habló de los muertos de Hiroshima, ni de los antiguos habitantes de las ciudades alemanas asoladas por la aviación aliada. La idea de no permitir que la retórica militar encubriera los «delitos contra la humanidad» era buena y progresiva, aunque nacía bajo la dudosa tutela de unos vencedores que la esgrimían contra unos vencidos. Un tribunal como el de Russell, enfrentado justamente contra la guerra de Vietnam, representa de forma bastante más ecuánime esta idea de «humanidad»...

El tribunal de investigación de Fort Benning ha considerado, es cierto, la posible responsabilidad del general Samuel W. Koster, que mandaba la división; la del brigadier George H. Young, segundo jefe, y la del coronel Henderson, comandante de la 11 Brigada, a la que pertenecían las unidades que actuaron en My Lai. Naturalmente, tras las consideraciones de rigor, el tribunal parece ser que los ha estimado inocentes. Así tenía que ser inevitablemente. Porque de no cortar convencional y drásticamente por algún lado y seguir ascendiendo en la escala de las responsabilidades, habría que preguntarse ya el por qué no se incluía al Jefe Superior de las fuerzas americanas en el Vietnam, al presidente de los Estados Unidos, y, ¿por qué no?, a los americanos que votaron a las Administraciones que iniciaron o sostienen la guerra vietnamita. El galimatías sería terrible. Y en vez de dar por lógicos unos asesinatos derivados de unas causas libremente establecidas, la conciencia se inventa ahora lo de los tres «responsables» de My Lai, con lo cual —como en aquellos viejos códigos y tratados destinados a dar a la retaguardia una imagen «humanizada» de la guerra— todo el mundo puede pensar que el hombre es, en el fondo, una maravilla y la guerra el campo del honor.

Cuando los hombres creían, gene-

ralmente por razones religiosas, en la existencia de un orden justo, en la necesidad de conservar una armonía, los tribunales de justicia no hacían sino restaurar, a través de la condena, ese orden hipotéticamente perfecto. Ahora, cuando la investigación ha ido desintegrando los viejos esquemas, cuando los hombres carecen de una ideología compartida a la que referirse, cuando han estallado en todas partes las contradicciones socioculturales,



El capitán Medina.

cuando resulta cada vez más intolerable la explotación económica del hombre, cuando toda persona sensata se pregunta sobre cómo será el mundo del futuro, este tribunal de Fort Benning, queriendo hacer de los tres humildes y cruentos militares de My Lai los asesinos expiatorios, quizá celebre una de las últimas representaciones de la más vieja y más sucia comedia humana.

¿Por qué hay guerra en Vietnam? No es, ni mucho menos, accidental que la arbitrariedad del «orden internacional americano» coincida con la creciente anarquía interior. Mientras, Nixon pide leyes especiales para proceder al viejo sacrificio de los chivos expiatorios; y evitar así el examen de las causas primeras de la violencia; es decir, para repetir a escala interior el mismo juego que se está haciendo con la matanza de My Lai. ■ J. M.

PROGRESISTA DE ALDEA Y PROGRESISTA DE CORTE

El progresista de aldea vino a Madrid para comprarse unas gafas con montura de carey, y visitó al progresista de corte. "Aprovecharé —dijo— para ver 'Tristana'". El progresista de corte hizo una mueca. "Liberalismo antiguo, anticlericalismo pre-republicano. ¡Buñuel ha pactado! Ni un solo corte de censura. Y, además, ha hecho declaraciones a la televisión". "Pero yo leí en TRIUNFO que...". "¡No te fíes! —atajó el progresista de aldea—, dicen que está controlada por el Opus y por la Falange de Cantarero. ¿No has visto que ya no están allí García de Dueñas y Santos Fontenla? ¡Significativo, muy significativo! La gente de cine está alarmada, y ha escrito una carta, que encabeza Bardem...". "¡Bardem!", gritó con entusiasmo el progresista de aldea, al recordar al precursor, pero el progresista de corte le cortó en seco: "No hay que fiarse de Bardem. ¿No sabes que va a hacer una película con Rocío Dúrcal? ¿No sabes que va a rodar en Hollywood? ¡Asimilado, asimilado por el imperialismo!". "Entonces, Santos Fontenla...". "Cuidado, cuidado... ¡Ha aparecido en la televisión! Muchos pensamos si todo será una trampa...". "En la televisión —dijo el rural— he visto ya dos obras de Buero...". "¡Abrumadoramente cierto! Se ha entregado ya a la camarilla...". "Pero su Goya...". "¡Trampa, trampa! —gritó el progresista de corte—. Se me con un rey déspota para demostrar que fue el único malo y que todos los demás son buenos... ¡Buero está en la caverna!". El progresista de aldea sintió una enorme congoja al imaginar a Buero en una caverna. Trató de explicar: "Sin embargo, Monleón decla...". Su interlocutor no le dejó continuar: "Monleón... ¡Ahora está defendiendo las fallas! ¡Turismo y barbarie! ¿No has oído decir que lo que quiere Monleón es ser director general?". Ante lo terrible de la acusación, el progresista de aldea se llevó las manos a la cabeza, mientras el otro continuaba: "Había que ser muy tonto para no darse cuenta... Yo ya lo vi, cuando tuvo la desfachatez de enfrentarse con Alfonso Sastre...". El progresista de aldea se iluminó de gozo cuando escuchó el nombre de Sastre. ¡El joven patriarca! ¡El incorruptible! "Por cierto —continuó el progresista de corte— que hay

que desmontar a Sastre... Se le ha visto la oreja. Acaba de traducir el 'Trosky' de Peter Weiss... ¡Una obra anticomunista!". "Pero yo había leído que se la habían prohibido...". "Triquiñuelas, trucos, pactos... ¡Si ya hacía tiempo que se le notaba! Había empezado a colaborar en 'ABC'... Con los chicos de la Universidad tuvo sus más y sus menos...". "¡Los chicos de la Universidad! ¡Háblame de ellos!". "¿Yo? Yo, ni acercarme. Hijos de papá, que van a la huelga en coche. Lo único que quieren son drogas y sexo. Mira como no hacen lo que los mineros asturianos...". "¿Cómo ha sido lo de Asturias? ¡Cuenta, cuenta!". "Una provocación



ción. A mí no me engañan. Como la industria del carbón está en crisis, las empresas provocan las huelgas para poder despedir sin indemnizaciones. Todo está manejado... Como lo de los vascos. Cosas de los curas. La Iglesia, que quiere estar a todas las bazas...". El progresista de aldea se sintió morir. ¿Para qué quería ya las gafas de carey? ¿Qué ver, qué leer, qué escribir? Con un sollozo, exclamó: "Pero, ¿es que no queda ya nada en este país?". Al progresista de corte le brillaron los ojos. Miró en torno suyo para cerciorarse de que nadie le escuchaba, tomó a su amigo por el brazo y susurró: "Si... ¡quedo yo!". El progresista de aldea sintió renacer la esperanza. Con el mismo susurro de conspirador, preguntó: "Y tú, ¿qué haces?...". El progresista de corte esbozó una mueca de suprema astucia: "A mí no me atrapan, no me engañan... ¡Yo no hago nada! ¡Nada, nada, nada!". ■ POZUELO.

Economía

A PROPOSITO DEL ALZA DE LOS PRECIOS SIDERURGICOS

En fecha reciente el Consejo de Ministros ha aprobado una subida de los precios siderúrgicos de un nivel medio del 7 por ciento, habiendo sido el hierro fundido, acero en lingote y desbastes —productos menos elaborados— los que han experimentado una alza más importante. (Europa Press.)

El incremento de tarifas autori-

zado ha sido mayor que el previsto por los consumidores. Estos señalaban que podría ser del 5 por ciento, aunque en la realidad dicha elevación repercutiría en cerca de un 14 por ciento sobre los precios finales. (Véase «Informaciones», 9 de febrero de 1970.) De ahí que los intereses vinculados a la industria transformadora trataran de frenar

Crónicas de la Era Lunar



Al principio hubo una nebulosa. O la nada. Según. De todas formas, se mire como se mire, la cosa sigue estando muy confusa. El caso es que la materia empezó a animarse, e incluso a animarse muchísimo. Hasta el punto de que, un día, se puso de pie. No fue nada fácil, tardó bastante. Pero allí estaba. De pie, con su pincho —un primer pincho de piedra que había de servirle para cavar por aquí y por allá y para todo lo que se terciara—, de pie, oteando el problemático horizonte. Ya no quedaba más que sentarse y ponerse a pensar.

Este parece que fue el momento capital. La toma de conciencia, que diría felizmente más tarde un descendiente suyo. Era la primera vez y había efectivamente mucho que pensar. Ante todo había que perfeccionar el pincho. Esto se le impuso con una claridad meridiana. Y seguir pensando. Pensó tanto que empezó a abultarse de una manera inquietante cierta zona de la cabeza. Pero no se amilanó, y siguió pensando...

Esta sucinta descripción de la historia del hombre —pues era él—, desde su oscuro origen hasta nuestros días, era necesaria para presentar en sociedad, sin provocar un pánico excesivo, al caballero que aquí ven, recién salido de la mano profética del artista Vasarely. Hay que mirarlo con cierta perspectiva, con cierta distancia, como se debe mirar siempre a un ser humano. Este es ya el primer acierto del artista húngaro, que, por lo demás, explica que se trata de una "cabeza abstracta del hombre iluminado por el conocimiento". El pasquin —"wanted?"— va a anunciar en los muros del ancho mundo el Año Internacional de la Educación, organizado por la UNESCO.

Fíjense bien. No vale mirar de reojo o desviar pudicamente la mirada. Hay que fijarse bien. Es el "homo sapientissimus", la próxima etapa en la evolución de las especies. Todo está consumado. Es el punto final de la pensada aquella y de los años internacionales de la Educación, organizados por la UNESCO. Heo aquí, el tío, iluminado por el conocimiento. Quedan aún ciertas zonas de sombra, pero deben de ser simples fallos de iluminación fácilmente subsanables. Es posible,

EL "HOMO SAPIENTISSIMUS"

Por PABLO DE LA HIGUERA

también, que el artista pretendía que está luminosamente iluminado y sombriamente iluminado, aludiendo quizá a la forma plural en que se fue produciendo la iluminación, es decir, al debido e indebido uso del pincho a lo largo del proceso luminoso. Por cierto, ¿no será que tiene la cabeza vendada? ¿O tal vez se trata de círculos viciosos, en el sentido de que el conocimiento, al iluminar...? Pero no vamos a pararnos en sutilezas de este tipo. Lo esencial es que, al fin, está iluminado.

¿Cómo se llamará? No tiene aspecto de llamarse José, pongamos por caso. Pero tampoco hace falta que se llame José. Debe de llamarse, más bien, J-O-I-Bip-Bip-XXX, o así. Tampoco tiene cara de recitar aquello de "Del salón, en el ángulo oscuro — de sus manos tal vez olvidadas —, silenciosa o cubierta de polvo..."; ni aun aquello de "Ni un solo momento, viejo hermoso Walt Whitman —, he dejado de ver tu barba llena de mariposas", de "Poeta en Nueva York". Pero tampoco es imprescindible. Parece más bien preocupado por la posición parametral de un galáctico semejante, ligeramente salido de órbita, y diríase que, sin apenas despegar los labios, repite imperturbable y tenazmente: "Aquí J-O-I-Bip-Bip-XXX — Llamo a Pop-Pop-NN-PI-3, 146 — Aquí J-O-I-Bip-Bip... ", etcétera. Pero, sin duda, me equivoco. Esa voz que oigo no es la suya. ¿Quién está hablando? ¿Es él o el pincho? ¿Es él o el ordenador? Y de pronto, vagamente aterrado, comprendo la hermosa, la espeluznante, la trascendental verdad: ¡la pregunta hueiga, la pregunta no tiene sentido, pues se ha superado la gran contradicción, se ha superado la larga lucha de la idea y la materia y se ha operado la síntesis, el doble y fecundo mimetismo, la geométrica y geocéntrica simbiosis del hombre y el medio, del locutor y el micrófono, del automovilista y el automóvil, de la sociedad de consumo y el consumidor, de la cultura y la pistola, del Centro Espacial de Houston y las playas de Florida, del "hippy" y la IBM, de Cohn-Bendit y Von Brown, de la vida y la no vida, del tipo aquel que se puso de pie y el pincho! ¡J-O-I-Bip-Bip-XXX o así! ¡Ya sé lo que eres! ¡ni hombre ni robot, sino todo lo contrario!

—Oiga, ya está bien. ¿Es que pretende tomarnos el pelo?

—Y yo qué sé! ¿Acaso el artista lo sabe?

esta subida que, lógicamente, iba a provocar toda una serie de incrementos de precios en cadena, en particular molestos para la industria del automóvil, cuya política de ventas nunca ha consistido en elevaciones de precios. «Siderúrgicos y metalúrgicos frente a frente» era el significativo titular de «Informaciones» que ponía de manifiesto un hecho insólito en el capitalismo español donde, generalmente, este tipo de enfrentamientos no se han manifestado públicamente. Ahora bien, en los últimos años, el sector siderúrgico ha experimentado profundos cambios que explican significativamente este hecho.

La siderurgia, hasta 1950 (fecha de la constitución de Ensidesa), fue siempre un sector controlado por el estamento más tradicional de la oligarquía española que, a su vez, dominaba las más importantes empresas radicadas en la todavía incipiente industria transformadora. De esta forma, las luchas de intereses intersectoriales no ofrecían características dramáticas.

La creación de Ensidesa en 1950 fue el comienzo de una nueva etapa. «Un ambiente, más que de escepticismo, de absoluta disconformidad, giraba alrededor de los proyectos de la nueva siderúrgica, hasta tal punto, que, utilizando todos los conductos y medios posibles, no fue factible lograr colaboraciones económicas de ninguna clase. Se opinaba que estas nuevas instalaciones eran absolutamente innecesarias y no realmente porque se supiera que disponíamos de otras, capaces por expansión de sustituirlas, sino porque se estimaba que nuestro mercado interior no había de tener, ni remotamente, capacidad suficiente para absorber las producciones sumadas de una nueva siderúrgica y de las antiguas ampliadas.» (Marqués de Suanes, 1957.)

Cuando se inauguró en 1957 el primer alto horno de Ensidesa, el entonces presidente del INI urgió para que no se demorara en la puesta en funcionamiento de nuevas instalaciones en la siderúrgica que la completaran. Sin embargo, y a raíz del «cambio de criterio experimentado hacia 1962, adoptado plenamente por el Plan de Desarrollo, en el sentido de limitar indiscriminadamente la expansión de las empresas siderúrgicas» (R. Tamames, «La lucha contra los monopolios»), Ensidesa, la única empresa capaz de desarrollar la producción en un marco internacional, fue frenada en su expansión. (El primer alto horno se inauguró en 1957, el segundo, en 1958; el tercero, en 1966, y el cuarto, en 1969.)

«Ha sido desde el propio Ministerio de Industria desde donde se han puesto trabas a la expansión de la planta de Avilés, que se han traducido en su falta de equilibrio técnico entre las distintas instalaciones de la factoría, lo que ha originado unos costes más elevados de lo previsto.» («El acero, corazón de la industria española», «Industria», de 8 de septiembre de 1969.)

«La errónea política obstructivista», el «poco acertado trato» («Industria», artículo citado) del que ha sido objeto esta empresa ha tardado en ser rectificado y ya

dentro de una estructura difere. En la Junta General de accionistas de Ensidesa correspondiente al año 1965, de nuevo el presidente del INI afirmaría que «urge llevar a cabo, en el menor plazo posible programas de nuevas instalaciones que permitan incrementar las posibilidades nacionales de producción». En la junta de 1969 el accionista presidente del INI, Julio Call con el previo acuerdo del Ministerio, invitó a los directivos de Ensidesa a acelerar los trabajos y terminar cuanto antes con los equilibrios de sus instalaciones ya de manifiesto al inarse el primer alto horno en 1957.

Si con la empresa pública la política fue obstructivista, con respecto al sector privado las medidas adoptadas en la década del 60, más complejas como consecuencia de la llegada al poder grupos desvinculados de los intereses tradicionales.

La industria siderúrgica, se ha hasta entonces monopolizada y controlado por la Banca, había gozado de un fuerte proteccionismo. Como se decía en un informe dado a conocer en 1963, la industria siderúrgica «ha preferido conseguir los beneficios en los despachos oficiales y en la antigua junta de aranceles y valoraciones al conseguirlos las fábricas con las mejores técnicas que se iban produciendo, lo que se ha frenado el consumo por habitante y ha hecho imposible la exportación de muchos productos en los que intervenía el hierro. En 1961 se liberalizó la importación de productos siderúrgicos, quedando libres los precios en el interior. Entonces comenzaron las dificultades para las empresas privadas del sector. Se produjo una crisis global de dimensión, técnica, producción, capitalización... que desembocó en la aparición de fuertes pérdidas en las empresas privadas y en consiguiente caída vertical de cotizaciones bursátiles que impidió el acceso de estas empresas al mercado de capitales, teniendo que hacerse cargo el Estado de financiación total de esta industria a través de la acción concertada. Mediante esta política, establecida para el sector siderúrgico en agosto de 1964, de acuerdo con el primer Plan de Desarrollo, se dieron a disposición del sector catorce fondos públicos por un compromiso por parte de las empresas de aumentar la producción (el 22 de marzo de 1965 AHV maba el acta de concierto y el 2 de marzo de 1966 lo hacía UNI). En total se acogieron a este convenio diecisiete empresas.»

La Acción Concertada, aunque evitado la nacionalización del sector, ha dejado prácticamente solución el problema financiero de las empresas. En 1960, los capitales ajenos invertidos en la siderurgia eran el 43 por ciento; en 1961, 54 por ciento, y en 1972, se presume que alcancen el 66 por ciento. E «razones financieras —ha dicho el presidente de Uninsa— justifican una intervención creciente del Estado en el sector siderúrgico... hagamos a una seminacionalización a una especie de empresa mixta. Así, en la cuarta siderúrgica, se pretende crear, prevalecerá

pital del INI y en Uninsa tras la reestructuración que se lleva a cabo —reducción y posterior ampliación del capital— el INI tendrá la mayoría de las acciones con lo que en un futuro próximo, tres de las cuatro siderúrgicas integrales estarán controladas por el Instituto.

De hecho, y a través de la dependencia de los créditos, «no está nacionalizada la siderurgia, ni expresa, ni tácitamente. Lo que sí está es personalizada. No hay caso en Ensidesa, dependiente del INI y, por tanto, del Ministerio de Industria. En Uninsa y en Altos Hornos figuran al frente de las empresas, con amplísimos poderes, dos hombres del equipo del ministro de Industria: Salis y Boada. Magníficos técnicos, las empresas a ellos encomendadas van adelante muy bien y de acuerdo con lo que resulta mejor a la economía industrial española. Fácil es apreciar que la originalidad española permite llegar a efectos similares, sin utilizar una palabra tan fea como esa de nacionalización». (F. Barrena, «Siderurgia, nacionalización y personas», «ABC», 30 de abril de 1959, página 55.)

En los últimos tiempos la industria siderúrgica ha tenido un elevadísimo grado de protección. El mismo día que se autorizó la nueva subida de precios de los productos siderúrgicos, se acordó actualizar la Acción Concertada, necesidad ya expuesta por el anterior ministro de Industria (3 de enero de 1969) que prometió llevar al ánimo de los miembros del Gobierno tal necesidad, emplazándose para abordarlos en el tiempo más breve posible. Punto decisivo en este reajuste, que supondrá nuevas importantes entregas de fondos, ha sido el mayor coste de los bienes de equipo adquiridos por las empresas en el extranjero como consecuencia —se dice— de la devaluación de noviembre de 1967.

Anteriormente por decreto de 17 de abril de 1969, se decretó al sector siderúrgico integral de «interés preferente» con lo que en el futuro, las ayudas a la siderurgia vendrán por este concepto, aunque la fuente continuará siendo la misma. La novedad de este régimen consistirá en que no habrá excepciones y que Ensidesa —que, como empresa pública, estaba al margen de los beneficios de la Acción Concertada— también quedará incluida. Evidentemente, en este cambio ha influido el hecho de que Ensidesa se haya adaptado plenamente a la política impuesta por el sector privado (Uninsa, AHV). La entrada de Ensidesa en Unesid «instrumento para la solidaridad sectorial... para la resolución de todos los problemas que impliquen coordinación en cualquiera de sus grados» (M. Salis), constituido el 16 de enero de 1968, fue decisiva.

Unesid, que agrupa prácticamente a la totalidad del sector siderúrgico, es la entidad que, además de monopolizar el sector de una forma más efectiva que lo hacía la anterior sociedad patronal (Central Siderúrgica), ha logrado los aumentos de tarifas últimamente aprobados, acabando con lo que se consideraba «anarquía» de precios en el sector.

Se ha dicho que estos aumentos de precios, cuya primera subida el pasado año fue considerada como «justa e inevitable» (G. López Bravo), tienden a configurar un sector siderúrgico rentable abandonando la política de «precios políticos», con lo que, en esta lucha entre siderúrgicos y metalúrgicos, al parecer, se ha optado por los primeros. «Hacer siderurgia es hacer patria. Quiero que salgan todos convencidos de que haremos patria». (G. López Bravo, «Arriba», 9 de julio de 1968.) ■ ARTURO LOPEZ MUÑOZ.

Fútbol y TV

LOS «DOS PARTIDOS» DE SAN MAMES

Un partido de fútbol como el que enfrentó a los dos Atlético sobre el histórico césped de San Mames, el pasado domingo, difícilmente puede contemplarse con imparcialidad. Más o menos, tanto los espectadores que abarrotaban los gradieros, como los que lo siguieron en la pequeña pantalla, llevaban «in mente» o, mejor, «in corde», su pronóstico, con su congrua dosis hispana de pasión.

Otra cosa nos parece que es, sin embargo, presentar el partido. Lo hizo, para los televidentes de toda España, Miguel Ors. Más de un espectador preservó, sin duda, sus pantalones, del polvo de los gradieros con el periódico donde el citado comentarista había emitido su pronóstico: «Creo que puede darse un empate o victoria del Atlético de Madrid».

Cuando uno se ha pronunciado tan inequívocamente, queda, creemos, casi inhabilitado para la objetividad.

Por lo que una de dos: o se guarda el pronóstico —más de una vez, forma objetivada del desco— en el bolsillo, o no se acepta una tarea que exige, ante todo, un equilibrio que en el caso nos parece que faltó.

Daba la impresión de que se jugaban dos encuentros simultáneos: uno el que estábamos viendo en la pantalla y otro, muy distinto, que jugaba a cada paso malísimas pasadas al locutor.

Luego viene cierta prensa, a calcar, «a posteriori», una idéntica actitud: «Ganaron los que más suerte tuvieron». Y no. Ganó el que mejor jugó.

Todo esto, bajo su aparente intrascendencia, viene a demostrar que la sofisticación informativa puede hacerse —físicamente, claro, que nunca en lo ético— al menos prudentemente lejos de las narices del propio testigo de la realidad. Porque, si no, habrá, inevitablemente, «dos partidos».

Urtain

PATRIOTISMO PUGILISTICO

El triunfo de Urtain ante el campeón europeo de los pesos pesados ha despertado una nueva oleada de patriotismo deportivo. El complejo de inferioridad del español en esta hora de aspiraciones europeistas ha encontrado en el éxito pugilístico de Urtain el cauce adecuado para expresar sus reivindicaciones. ¿No hemos hecho doblar acaso la rodilla a todo un campeón de los pesos pesados europeo y, por lo tanto, a lo más forzado de Europa y, si me apuran, a Europa entera? Al día siguiente de la hazaña, el diario «Marca» titulaba: «Venció la raza». Y venció, la raza, con la dialéctica más al alcance de la comprensión hispana: la dialéctica de los puños. Esta es, creo yo, la razón por la cual ningún otro triunfo internacional de España —Federico Martín Bahamontes en aquella Vuelta a

nes urtainianas. Paulino Uzcudun, campeón de otras épocas, no ocultó su decepción por la marcha y el resultado del combate. Y el caso es que Urtain es un muchacho que resulta enormemente simpático. El padecimiento de la otra noche no residía en el hecho de que José Manuel Ibar se alzara con el título europeo por lo que esto tenía de éxito personal. Todo el mundo lo deseaba. El padecimiento estaba en el temor de ver desencadenarse la oleada de nacionalismo que se desencadenó más tarde sobre el país devolviéndole la fe en las más puras esencias de lo hispano. Esencias tal vez desvanecidas por los recientes tropiezos del Real Madrid en la Liga. Viendo la otra noche al «morrosko» de Cestona haciendo muecas ante las cámaras, hurgándose en las narices con el dedo



Francia, el Real Madrid, pentacampeón del título europeo de Clubs o Massiel en el Festival de Eurovisión— ha dado tanto gusto al nacionalismo celtibérico como este de Urtain al poner fuera de combate al señor Weiland. Digo el señor Weiland porque la otra noche los telespectadores pudieron comprobar, aunque en su fuero interno se negaran a aceptarlo, que Weiland era ya un señor mayor, más bien fofo y pesadote, en cuyo rostro se notaba cierto deseo de encontrar un digno retiro, vaya usted a saber si en la Costa del Sol. ¿Tongo? Nunca se sabrá. Nadie duda que el «morrosko» de Cestona, acabó con el alemán —por decirlo en dialecto madrileño— con una serie de «viajes» que le obligaron a doblar la rodilla en el séptimo asalto. Sin embargo, los intrínquilos del boxeo-espectáculo permiten, si más no, aventurar la posibilidad de que lo que los españoles presenciábamos el viernes fuera un combate amañado. Los mismos críticos pugilísticos, aun en medio de su fervor patriótico, reconocían las limitacio-

meñique y contestando sencilla y llanamente a las inocentes preguntas de los informadores, uno pensaba que Urtain estaba siendo dolorosamente utilizado (la soledad del corredor de fondo) en una promoción chovinista en gran escala. Lo que oímos y leímos después todo el mundo lo recuerda. Frases que demostraban que la promoción nacionalista a través del boxeo había surtido efecto. No cansaré al lector repitiéndolas ahora. Sólo diré una que escuché al día siguiente del combate, una de las veces que la Cadena SER puso en antena la cinta magnetofónica con el relato del triunfo. El locutor que lo retransmitió, el señor Quilates, al describir la definitiva caída de Weiland, empezó a gritar: «¡¡¡Campeón!!!, ¡¡¡campeón!!!, y en un lapsus tan disparatado como expresivo exclamó, utilizando un grito de júbilo que la Cristiandad reserva al momento de la elección de los Papas: «¡¡¡Campeón habemus!!!, ¡¡¡campeón habemus!!!». ■ LUIS CARANDELL.